

Antes que el sol brutal del rojo estío
agoste el prado, el bosque y el vergel,
esa corona, blanca cual la nieve,
es de nuestras colinas gala y prez.

Mientras, brotando tardos, los jardines,
húmedos y desnudos aún se ven,
los manzanares, todos ya floridos,
semejan luminoso amanecer.

Ese peinado, de abundantes rizos
á la alegre campiña sienta bien;
cuanto más encrespado, más hermosos
están los verdes árboles con él.

Su flor es una estrella blanca y tenue
que un hálito de Abril hace caer.
En las tazas de frágil porcelana
copia el chino su dulce palidez.

No tiene aroma; es fina y delicada,
primorosa y espléndida también;
mate como la leche; cual la gracia
ligera, y tan fugaz como el placer.

Parece envanecida por el germen
que entre sus tiernas hojas guarda fiel;
hay que mirarla, pero no tocarla,
por el fruto que en ella ha de nacer.

Pero, si la beldad que os enamora
orna con flores la divina sien,
otra que más realce su hermosura
y le siente mejor, no encontraréis.

Aún recuerdo unas flores de manzano
que arrancó jugueteando una mujer...
Dulce recuerdo, si, mas tan antiguo,
que decir no podría cuándo fué.

ENRIQUE CAZALIS

VOZ DE MUJER

Ávido, absorto, embebecido escucho
al ruiñeñor que trina en tu garganta.
Adorable y feliz la vida fuera,
si tu dulce mirar la iluminara.

Tu voz tiene el hechizo indefinible
del ave oculta que en la selva canta,
y me recuerda la que pobre monje,
ha mucho tiempo, oyó gentil calandria.

Cien años la escuchó, cantando siempre
en la frondosidad de la enramada;
las flores, á su voz, lloraban todas,
el monje soñador también lloraba.

Ningún acento como aquel acento
llegó jamás al fondo de su alma.
A veces era como alegre aurora;
otras, ocaño de tristeza vaga.

Cuando calló la voz hechizadora,
cuando voló la celestial calandria,
el pobre monje se encerró en la celda,
y sin hallar consuelo rindió el alma.

NUEVA PRIMAVERA

Llena mi corazón y mi alma acosa
ansia tenaz de amor y de cariño.
¿Cuál es mi ensueño? ¿Una mujer hermosa,
blonda, cándida y pura como un niño?

¿Una virgen, de pálido semblante,
que orla triunfal su cabellera de oro?
Amas, ¡pobre alma mía delirante!,
pero el objeto de tu amor ignoro.

Cuando el sol, con sus últimos fulgores,
da á las flores más brillo y más aroma,
¿por qué yo beso y muerdo aquellas flores,
cual labios do el amor sus mieles toma?

Cuando en la extensa playa me contrista
el mar con su monótono lamento,
¿por qué besos de amor busca mi vista
allá en el fondo azul del firmamento?

Cuando la hermosa luna se levanta
en brazos de la noche dormitando,
¿por qué, á sus rayos, la ilusión me encanta
de amor eterno, y apacible, y blando?

No lo sé; pero en fêrvido arrebatado
quiero, con imposible desvario,
de ese amor, de ese júbilo insensato,
llenar audaz mi corazón vacío.

LEÓN VALADE

CANCION DE LOS BESOS

El primer beso de la bien querida,
¡oh cómo resbaló tímido y mudol
Huye así de la rama estremecida
el ave que rozarla apenas pudo.

Pero el choque del ala menos siente
la hoja tierna y sutil del bosque espeso,
que del amante la mejilla ardiente
la rápida impresión del primer beso.

Después de él, otros muchos, mejor dados,
con mayor embeleso recibidos,
tiernos ó jubilosos ó abrasados,
vendrán á electrizar nuestros sentidos.

Y como amansa al ave más bravía
del imperioso amor el dulce anhelo,
á nuestro llamamiento, en feliz día,
los ósculos vendrán con fácil vuelo.

Pero el más prolongado y ardoroso
no hará olvidar al que por vez primera,
ligero, blando, púdico, medroso,
al volador enjambre precediera.

Y aunque la bien querida, de su boca
la miel nos brinde con triunfal exceso,
no apagará jamás la fiebre loca
que encendió en nuestro labio el primer beso.